HISTORIAS EXTRAORDINARIAS



EDGAR ALLAN POE

Vista previa gratuita - Mundo de Libros - www.mundodelibros.com

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

Edgar Allan Poe

E MANUEL CANO Y CUETO, EDUARDO PERIÉ, SEVILLA, 1871, DE DOMIN

LIBROS DE VALOR

Clásicos de la literatura mexicana

EL GATO NEGRO

Relativamente á la más estraña y sin embar¬ go más familiar historia, que voy á estender por escrito, no aguardo ni solicito el crédito. Ver¬ daderamente sería insensato esperarlo en un ca¬ so en que mis sentidos arrojan su propio tes¬ timonio. Sin embargo, yo no estoy loco, y cier¬ tamente no sueño. Pero mañana muero, y hoy querría aliviar mi alma. Mi designio inmedia¬ to es presentar ante el mundo, clara, sucin¬ tamente, y sin comentarios, una série de simples acontecimientos domésticos. Por sus consecuen¬ cias, estos acontecimientos me han aterrorizado, me han torturado, me han anonadado. Con to¬ do, yo no trataré más que de aclararlos. Pa¬ ra mí no han presentado quizás más que hor¬ ror, á muchas personas parecerán menos ter¬ ribles que estrambóticos. Quizás, mas tarde, se encontrará una inteligencia que reducirá mi fantasma á su estado natural; inteligencia, más calmada, más lógica, y sobre todo menos es-

citable que la mía, que no encontrará en las circunstancias que relato con terror más que una sucesión de cáusas y de efectos muy natu¬ rales.

En mi infancia había sido conocido por la docilidad y humanidad de mi carácter. Mi ter¬ nura de corazón era tan estremada que ha¬ bía hecho de mí el juguete de mis camaradas.

Tenía frenesí, particularmente por los ani¬ males, y mis parientes me habían permitido po¬ seer una gran variedad de favoritos. Pasaba con ellos casi todo el tiempo y nunca me con¬ sideraba tan feliz como cuando les daba de co¬ mer ó acariciaba. Esta particularidad de mi ca¬ rácter aumentó con los años y cuando llegué á ser .un hombre, vino á constituir uno de los principales motivos de placer. Para los que han profesado afecto á un perro, fiel é inteligente, no tengo necesidad de esplicar la naturaleza ó la intensidad de goces que puede esto propor¬ cionar. Hay en el desinteresado amor de un animal, en su abnegación, alguna cosa que vá directamente al corazón del que ha tenido fre¬ cuentemente la ocasión de esperimentar la hu¬ milde amistad y la fidelidad de la envoltura del hombre natural. Me casé jó ven, y fui di¬ choso con encontrar en mi muger una dispo¬ sición simpática á la mia. Observando mi afec¬ ción por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionarme los de la espe¬ cie mas agradable. Teníamos pájaros, un pez

dorado, un perro bellísimo, conejos, un pequeño mono y un gato.

Este último animal era notablemente robusto y hermoso, completamente negro y de una sa¬ gacidad maravillosa. Refiriéndose á su inteli¬ gencia, mi muger, que en el fondo no era po¬ co supersticiosa, hacía frecuentes alusiones á la antigua creencia

popular, que miraba en todos los gatos negros brujas disfrazadas.

No significa esto que ella hablase siempre sériamente sobre este punto, y si yo lo men¬ ciono, es sencillamente porque me viene á la memoria en este momento.

Pluton, este era el nombre del gato, era mi favorito, mi camarada. Yo le daba de comer y él me seguía por la casa adonde quiera que fuese.

Esto me tenía tan sin cuidado, que llegué á permitirle me acompañara por las calles.

Nuestra amistad subsistió así muchos años, durante los cuales el total de mi carácter, por obra del demonio de la intemperancia, me aver¬ güenzo de confesarlo, sufrió una alteración ra¬ dicalmente mala. Me hice de dia en dia más ta¬ citurno: más irritable, más indiferente á los sen¬ timientos de los otros.

Me permití emplear un lenguage brutal con mj muger.

Con el tiempo aún la injurió con violencias personales. Mis pobres favoritos naturalmente debieron sentir el cambio de mi carácter. No

26 EDGAR POE.

solamente los abandoné, sino que los maltra¬ taba.

En cuanto á Pluton, todavía tenía para él una consideración suficiente que me impedía pe¬ garle,

mientras que no me daba escrúpulos de maltratar á los conejos, al mono y aun al per¬ ro, cuando por acaso ó por cariño se encontra¬ ban en mi camino. Mi mal me invadía cada vez más, porque el mal es comparable al alcohol, y con el tiempo Pluton mismo, que mientras tanto envejecía y que naturalmente se iba haciendo un poco desapacible, Pluton miWo empezó á conocer los efectos de mi carácter malvado.

Una noche, como yo entrase en casa muy ébrio, saliendo de una de mis habituales ta¬ bernas del barrio, imaginé que el gato evitaba mi vista. Lo agarré, mas él espantado de mi vio¬ lencia, me hizo en una mano con sus dientes una herida muy leve. Mi alma original pareció que abandonaba mi cuerpo, y una rábia superdiabólica, saturada degin, penetró en cada fibra de mi sér. Saqué del bolsillo del chaleco un cor¬ tapluma, lo abrí, agarré al pobre animal por la garganta y deliberadamente le hice saltar un ojo de su órbita.

Me avergüenzo, me abraso, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando mi razón volvió con la mañana, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, esperimenté una sensación mitad horror, mitad remordimiento, porelcrí-

mea de que me había hecho culpable; pero era todo á lo más un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió las heridas.

Me sumí en los escesos y bien pronto aho¬ gué en vino todo recuerdo de mi acción.

Entre tanto el gato sanó lentamente. La ór¬ bita del ojo perdido presentaba, es verdad, un aspecto horroroso, pero en adelante no pareció sufrir. Iba y venía por la casa, según su costum¬ bre; pero como llegara á verme, huia de mi aprocsimacion con horror estremo.

Me restaba lo bastante de mi antiguo cora¬ zón para sentirme afligido por esta antipatía evidente de parte de un sér que tanto me ha¬ bía amado otras veces. Pero este sentimiento dió bien pronto lugar á la irritación. Y entónces apareció como para mi postrera ó irre¬ vocable caida, el espíritu de la Perversidad. De este espíritu la filosofía no dá cuenta alguna. Con todo, tan seguro como existe mi alma, yo creo que la perversidad es uno de los primi¬ tivos impulsos del corazón humano; una de las indivisibles primeras facultades ó sentimien¬ tos que dán la dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometien¬ do una acción sucia ó vil, por la sola razón qüe él sabía no la debía cometer? ¿No tenemos una perpétua inclinación, no obstante la escelencia de nuestro juicio, á violar lo que es Ley, simplemente porque comprendemos que es Ley? Este espíritu de perversidad, repito, llegó á cau-

sar mi ruina completa. Es ese deseo ardiente,

insondable del alma de atormentarse ásí mis¬ ma , de violentar su propia naturaleza, de ha¬ cer el mal por amor al mal, quien me im¬ pulsaba á. continuar y últimamente á indisponer el suplicio que habia impuesto al inofensivo animal. Una mañana, á sangre fria, le puse un nudo corredizo ai rededor del cuello y lo ahorqué de una rama de un árbol: lo ahorqué arrasados en lágrimas mis ojos, con el más amargo remor¬ dimiento en el corazón: lo ahorqué porque yo sa¬ bia que él. me había amado y porque sentía que no me hubiese dado ningún motivo de cólera: lo ahorqué porque sabia que haciéndolo así co¬ metía un pecado, un pecado mortal que compro¬ metía mi alma inmortal, al punto de colocarla, ai tal cosa es posible, fuera de la misericor¬ dia infinita del Dios Misericordiosísimo y Ter¬ ribilísimo.

En la noche que siguió al dia, en que fué con¬ cebida esta cruel acción, fui despertado á los gri¬ tos de i fuego! Las cortinas de mi lecho esta¬ ban convertidas en llamas. Toda la casa estaba •ardiendo. No sin gran dificultad escapamos del incendio mi muger, un criado y yo. La destruc¬ ción fué completa. Fué absorvida toda mi fortu¬ na, y entónces me entregué á la desesperación.

No pretendo establecer %na relación de la causa con el efecto, entre la atrocidad y el de¬ sastre: estoy muy por encima de esta debilidad. Mas doy cuenta de una cadena de hechos y no

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS. 29

quiero descuidar ni un solo eslabón. Eldia que siguió al incendio visité las ruinas. Los muros hablan caido á tierra, esceptuando uno solo, y esta sola escepcion se encontró ser un tabique interior poco sólido, situado casi en la mitad de la casa y contra el cual se apoyaba la cabece¬ ra de mi lecho. La fábrica, había aquí resis¬ tido en gran parte á la acción del fuego, cosa que yo atribuí á que recientemente se había renovado. En rededor de este muro, una mul¬ titud estaba apiñada y muchas personas pare¬ cían examinar una porción particular con mi¬ nuciosa y viva atención. Las palabras ¡extraño! ¡singular! y otras espresiones semejantes escitaron mi curiosidad. Me aproximó y vi seme¬ jante á un bajo relieve, esculpido sobre blanca superficie, la figura de un gato gigantesco. La Imágen estaba copiada con una exactitud ver¬ daderamente maravillosa.

Había una cuerda al rededor del cuello del animal,

En seguida de ver esta aparición, porque yo no podía menos de considerar esto como una aparición, mi asombro y mi temor fueron estraordinarios. Pero al fin, la reflexión vino en mi ayuda.

Recordé que el gato había sido ahorcado en nn jardín adyacente á la casa. A los gritos de alarma, el jardín habría sido inmediatamente in* vadido por la multitud y el animal debió haber sido descolgado del árbol por alguno y arrojado

30 EDGAR POE.

en mi cuarto á través de una ventana abierta.

Esto, sin duda, había sido hecho con el fin de despertarme. La caida de los otros muros habia comprimido á la víctima de mi crueldad en eJ yeso recientemente estendido; la cal de este muro, combinada con las llamas y el amonia¬ co del cadáver, habrían obrado la imágen, tal cual yo la veia. Auque yo. satisfice así á mi razón prontamente, sino tan rápidamente á mi con¬ ciencia, relativamente al suceso sorprendente que acabo de contar, obró sobre mi imaginación una impresión profunda.

Durante muchos meses no pude desembara¬ zarme de la sombra del gato y durante este período envolvió á mi alma un semi-sentimiento, que parecía ser, pero que no era, el remordi¬ miento mismo. Llegué hasta llorar la pérdida del animal y buscar en rededor mió en los tugurios miserables, que en tanto frecuentaba habitual - mente, otro favorito de la misma especie, y de una figura parecida, que le supliera.

Una noche, como estuviese sentado medio aturdido, en una tasca más que infame, fué re¬ pentinamente atraída mi atención hácia un ob¬ jeto negro que reposaba en lo alto de uno de sus inmensos toneles de gin ó rom, que componían el principal mueblage de la sala.

Hacia algunos momentos que miraba á lo alto de este tonel y lo que rae sorprendía era no liahaber notado desde luego el objeto colocado en¬ cima.

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com